



La libertad del Negro

• *No albergaba ni una brizna de guerrero. Su alma era un algodón de azúcar. Por lo demás, era obediente y respetuoso. Lo fue hasta que olisqueó la amplitud de la libertad.*

Se olvidó de su vagancia y en un instante recorrió los tres metros que nos separaban para echarse a los brazos. Sus uñas acortadas y limadas por la vagancia alcanzaron a rasgarme ligeramente abajo de los hombros. La felicidad desestabilizaba su abrazo sostenido por sus largas piernas, aunque yo lo sostenía mientras lo acariciaba. Me sentía más contento que él por el reencuentro.

Su fuga había durado diez días. Salí a recortar un poco la fronda mixta del laurel de la India y la bugambilia que sombrean mi banqueta. Después de un rato pensé que el apego y la docilidad del Negro varias veces demostrada me autorizaban para tenerlo sin amarras a mi lado.

Algunas veces trabajadores que arreglaban algo en mi casa, a pesar de mis recomendaciones se descuidaron y lo dejaron salir. No se alejaba demasiado, tal vez porque nadie lo perseguía. Cuando me enteraba de sus escapadas salía y lo llamaba con la simple voz de “ven”. Obediente y manso acataba la orden y nos adentrábamos a la casa.

Me parecía que el buen trato y el cariño que le expresaba habían despertado en el Negro un gran apego hacia mí y que por ello no ampliaba demasiado su libertad cuando sin esperarlo la disfrutaba en escapadas fugaces. Más o menos la apreciaba hasta que me escuchaba decirle “ven”.

También gustaba la libertad cuando me acompañaba en las acciones de sacar y meter el carro porque preparé un largo cable que le permitía salir a la altura de los portones. De ese modo retenido, también vislumbraba el tamaño del mundo y olfateaba la libertad.

Así que lo dejé salir para que me acompañara en la poda. Libre, olfateó el tronco del laurel de la India y se siguió olisqueando la banqueta. Con las tijerotas de podar en las manos le grité “ven”. No me hizo caso. Fui tras él y se alejaba en tanto me le acercaba. Ya no tenía efecto mi orden de “ven”. No lo alcancé. Desapareció. El llamado de la libertad lo atrajo más.

Compartí mi tristeza con mis hijos. Lamentaron la pérdida del Negro tanto como yo (ellos le llaman Max). Es que el Negro no albergaba ni una brizna de guerrero. Su alma era un algodón de azúcar. Por lo demás, era obediente y respetuoso. Lo fue hasta que olisqueó la amplitud de la libertad.

Después del emocionado abrazo de reencuentro pensé fugazmente en el modo como lo conduciría a la casa. Se había perdido diez días antes y en ese lapso de vagancia por un barrio proletario extravió su correa. Probé con el “ven” pronunciado como una orden suave, adecuada a su mansedumbre. Alegre me obedeció y los dos con muchas muestras de efusividad caminamos y trotamos las tres cuerdas hasta la casa.

Pero en el lapso de diez días de su ausencia buscamos llenar con otras mascotas el vacío que nos dejó. En el Paseo Colón mi hija y yo encontramos un gracioso cachorro de cuatro meses y uno inquieto de ocho. El que decidí llamar Mesti (por mestizo) es de apariencia totalmente proletaria, lo cual me encanta. Con excepción de un pastor alemán que me regalaron, ninguno de los que me he procurado han sido finos. Me gustan los perros proletarios.

De ese modo se me juntaron tres perros. Lograr que Mesti y Negro convivieran fue una hazaña que me costó pequeñas heridas de dientes, raspones de correas y dolores de hombros y omóplatos por los jalones. Mesti, de linaje callejero, fue rescatado de la calle muy lastimado por atropellamiento. En sus jugueteos se va de lado; se le doblan con facilidad las piernas.

Ya pasamos cada día en más o menos feliz convivencia los cuatro. Digo que más o menos porque en los lapsos de tranquilidad Negro está triste. Come por necesidad, no con el cansino gusto con que antes consumía sus croquetas. Desprecia las golosinas de carnaza y otras. Sé que extraña la libertad que probó. Me entristece. En el hombre la libertad depende de su voluntad, en el perro doméstico no.